

Transformación de la Alameda Central en el marco de tendencias globales y coyunturas locales. Análisis etnográfico de su producción social y prácticas emergentes

David Rodríguez López

*Instituto de Investigaciones Sociales,
Universidad Nacional Autónoma de México*

Resumen

En este análisis se expone la transformación socio-urbana del espacio público patrimonial en el ámbito actual de tendencias globales y procesos locales que se viven en la Ciudad de México. En este orden, la estructura del estudio tiene como objetivo explorar los efectos socio-urbanos que se han originado por el desarrollo a nivel local, de políticas urbanas con orientación global en el centro de la Ciudad de México, concretamente, en la reciente intervención física, social y paisajística del parque histórico Alameda Central.

Bajo esta premisa, a través del método etnográfico y un registro visual, se realiza un acercamiento a la interacción socio-urbana que se desarrolla al interior de la Alameda Central; todo ello con el propósito de poder constatar la realidad social que se despliega internamente en el espacio. De esta forma, el trabajo permitirá explicar la mecánica socio-espacial y urbana de este espacio público patrimonial, la cual se ha reinventado por la compleja triangulación de sistemas (sociales, políticos, económicos, culturales y simbólicos) de orden local y global.

Palabras clave: Ciudad global, transformación urbana, espacio público patrimonial.

Abstract

In this analysis, it is exposed the socio-urban transformation of the public heritage space on the current field of global trends and local processes that were lived in the City of Mexico. In this order, the structure of the study has as a goal, to explore the socio-urban effects that have been originated by the development at a local level, of urban politics with global orientation in the center of Mexico City; specifically, in the recent physical, social and landscape intervention of the Alameda Central historic park. Under this premise, through the ethnographic method and a visual record, it's analyzed an approach to the socio-urban interaction that develops inside of the Alameda Central.

All of it, with the purpose of being able to verify the social reality that deploys internally in the space; on this way, the work will allow to explain the spatial and urban mechanics on this heritage public space; which, it has been reinvented by the complex triangulation of the systems (social, political, economic, cultural and symbolic) of local and global order.

Keywords: Global city, urban transformation, heritage public space.

Fecha de recepción:
15 de febrero de 2018.
Fecha de aceptación:
19 de abril de 2018.



Resumo

Nesta análise, se expõe a transformação sócio-urbana do espaço público patrimonial no atual âmbito das tendências globais e processos locais que são vivenciados na Cidade do México. Nesta ordem, a estrutura do estudo tem como objetivo, explorar os efeitos sócio-urbanos que foram originados pelo desenvolvimento no nível local, de políticas urbanas com orientação global no centro da Cidade do México; especificamente, na recente intervenção física, social e paisagística do parque histórico da Alameda Central.

Tendo esta premissa como base e através do método etnográfico e de um registro visual, se realiza uma aproximação à interação sócio-urbana que se desenvolve no interior da Alameda Central; isto com a finalidade de poder constatar a realidade social que se desenvolve ao internamente no espaço. Desta forma, o trabalho permite explicar a mecânica socioespacial e urbana desse espaço público patrimonial; que foi reinventado pela complexa triangulação de sistemas (sociais, políticos, econômicos, culturais e simbólicos) de ordem local e global.

Palavras-chave: Cidade global, transformação urbana, espaço público patrimonial.

Introducción. La proyección global del Centro Histórico y sus espacios públicos

Parte de la riqueza de la sociedad, es su capacidad de permitir y garantizar la convivencia entre los diferentes. No existen dos huellas dactilares iguales, mucho menos ideas y creencias idénticas.

JAVIER ARANDA LUNA

A partir de la década de los años sesenta del siglo XX, el repunte del proceso de manufactura productiva llamado “industrialización” comenzó a generar múltiples variaciones políticas y económicas en la estructura de la Ciudad de México; pero sobre todo, este sistema coadyuvó —tanto en el centro, como en la periferia— a la detonación de un incremento poblacional y urbano exponencial. Posteriormente, en la década de los años noventa y después del movimiento telúrico que devastó gran parte de la ciudad central, el gobierno local dio inicio a la adopción de políticas internacionales en el ámbito económico, además de poner en marcha, proyectos de regeneración urbana para originar en el centro de la urbe un nuevo rostro, una fisionomía distinta que volviera a ser competitiva y atractiva para los inversionistas nacionales y extranjeros, y así convertir a la ciudad en uno de los centros urbanos más “importantes” del mundo en víspera del siglo entrante.

De esta forma, en estas primeras dos décadas del siglo XXI, el Centro Histórico de la Ciudad de México ha presentado un proceso de transformación en su estructura urbana muy polémico. Solamente que a diferencia del siglo pasado, ahora esta dinámica de cambio es promovida directamente por el actual modelo de producción capitalista y su visión de mercado, el cual se conduce y expande por la rápida correlación multidimensional de procesos locales y globales. En consecuencia, este fenómeno de conversión implicó la consumación de políticas

permisibles que estimularan la inversión económica y contribuyeran a la proyección internacional de la ciudad, propiciando con ello la edificación de elementos correspondientes a las formas contemporáneas de la organización económica y espacial del comercio y los servicios, tales como: centros empresariales, hotelería internacional, plazas comerciales, franquicias transnacionales, conjuntos habitacionales de corte residencial y enormes complejos multifuncionales de ocio y consumo (Duhau y Giglia, 2012:186-187).

Asimismo, es preciso señalar que en el período comprendido del año 2006 al 2012, la élite política de la ciudad central consideró la incidencia de los procesos globales en el sistema urbano local, reivindicó su énfasis de competitividad y lo redireccionó a la ejecución de “proyectos de renovación y/o revitalización urbana” de áreas públicas de orden histórico y simbólico en la ciudad (espacios públicos patrimoniales). Con ello, el esquema de la ciudad central y sus espacios públicos ingresó y generó una posición importante dentro de la “agenda política” de la capital en el ámbito urbano. En este sentido, específicamente desde el año 2009, y dentro de la dimensión institucional y legal, la Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda de la Ciudad de México (SE-DUVI) comenzó a desarrollar una serie de proyectos en colaboración con la Autoridad del Espacio Público (AEP) y con el apoyo financiero del sector privado, todo con el fin de suprimir el deterioro físico y “recuperar” diversos espacios públicos patrimoniales de la ciudad central. De esta manera, se daba inicio a la transformación del centro de la Ciudad de México en términos urbanos; primero, para atraer actividades económicas de origen nacional e internacional; segundo, para generar la confianza de inversión en los empresarios, y tercero, para incentivar el arribo de multitudes turísticas e ingresar al escenario global.

Sin embargo, y como planteamiento hipotético, esta iniciativa por aspirar a la conjunción mundial

se dio bajo un contexto desfavorable de crisis local: política, económica y social. Por consiguiente, el deseo del gobierno local y de los distintos actores económicos por obtener una imagen urbana local renovada y similar a la de otros espacios urbanos en el mundo, así como la reinención de espacios públicos que impulsen el aposento de la economía transnacional en lo local (provocando la apertura de negocios de naturaleza multinacional) y que cautiven a todo viajero global (estimulando en demasía la llegada del turismo internacional), ha propiciado, en primera instancia, que la repercusión de sus intervenciones urbanas resulten asimétricas: 1) a la continuidad de la vida pública popular que imperaba en diversos lugares del Centro Histórico, y 2) a la inclusión de todos los sectores sociales en el disfrute posterior de un espacio urbano renovado —aquí cabe mencionar que estos dos últimos argumentos de contraste germinan de la experiencia del autor y de su observación sobre la realidad social que acaecía en distintos sitios simbólicos de la ciudad, antes de su conversión física y sociocultural. Finalmente, y de este modo, fue como esta iniciativa política y económica de *redención urbana* y persuadida por la *contienda cosmopolita* que debía generar, se sitúa en la reflexión de esta investigación para explorar más a detalle su génesis, propósitos y efectos sociales que han desplegado sobre la zona histórica y central de la Ciudad de México.

Aproximaciones teóricas. Intenciones locales y globales: entre la necesidad del rescate y la promoción de la ciudad

Con referencia a lo anterior, actualmente en el Centro Histórico de la Ciudad de México se produjeron y consumaron diversas políticas urbanas para revitalizar los espacios públicos erosionados; específicamente, se efectuaron con viveza en los espacios urbanos de carácter patrimonial; aunado a ello, y

como se antecedió, estas políticas de remozamiento surgieron dentro de un plano local en la ciudad, pero con una fuerte influencia de intervenciones urbanas de orden global. Es decir, que las distintas gestiones del espacio urbano local que se han llevado a cabo se han desprendido de una iniciativa local política y económica por reconfigurar la ciudad para su articulación internacional, y así obtener una renovada presencia, visibilidad y protagonismo en el rol que desempeña la urbe como una ciudad global. Con ello, es esencial considerar empírica y teóricamente la conjugación de las dimensiones de lo local y lo global sobre los procesos de transformación del espacio público en la ciudad.

Ante este escenario, es necesario precisar que durante la administración del Jefe de Gobierno Marcelo Ebrard Casaubón (2006-2012), quien trabajó, entre otros, con el eslogan: “Por una ciudad de vanguardia”, se emprendieron una serie de acciones locales con visión global, como parte de su compromiso con la comunidad internacional; en este contexto, gracias a la oferta cultural y al dinamismo económico, tecnológico y de infraestructura que posee el centro de la Ciudad de México, se permitió pensarlo como el lugar propicio para detonar el turismo y la inversión económica de socios internacionales. Por su parte, Francesca Ramos Morgan, quien fue Coordinadora General de Relaciones Internacionales de la Ciudad de México en aquel momento, sostuvo que las ciudades y los gobiernos locales son actores indispensables en el ámbito internacional; por tanto, en el mandato del Lic. Marcelo Ebrard se desarrollaron múltiples *acciones locales de orden internacional* para ampliar la cultura, el turismo y las inversiones con miras a ser una *ciudad atractiva* e innovadora (Ramos, 2011:16). Bajo esta nueva consigna, específicamente entre los años 2009 y 2012, el proceso de transformación urbana de la Ciudad de México se enfocó únicamente en lugares históricos y centrales para el desarrollo económico

y turístico. En este marco, el gobierno de la capital tenía claro que era posible hacer del turismo una industria competitiva y exitosa a nivel nacional e internacional; pero para ello era forzoso contar con *mecanismos de promoción* que transmitieran al turista las virtudes de visitar el centro de la ciudad. Al respecto, desde 2007 un promedio de 11 millones de turistas visitan la Ciudad de México anualmente, de los cuales 2.3 millones son extranjeros. Con esto, se puede deducir que la Ciudad de México es el polo turístico más importante del país al ser el destino más visitado a nivel nacional (Meléndez, 2011:60-61).

Desde este punto de vista, y continuando con la idea de configurar *mecanismos de promoción* para su proyección a una escala global, el gobierno local emprendió distintos proyectos sobre superficies patrimoniales, que se “orientaron a la mercantilización del paisaje y la cultura como una solución rentable para enfrentar el deterioro y los problemas de la ciudad central” (Téllez, 2014). Como muestra de ello, en el gobierno del Lic. Marcelo Ebrard Casaubón se observó con la modificación del Corredor Peatonal de Madero (2010), la remodelación de la Plaza de la República en conjunto con el Monumento a la Revolución (2010), la renovación de la Plaza Garibaldi con la creación del Museo del Tequila y del Mezcal (2010), la intervención de las avenidas Juárez y Pino Suárez (2011), la rehabilitación de la Plaza Tlaxcoaque (2011) y, desde luego, la transformación de la Alameda Central (2012), entre otros.

Bajo este esquema de conversión urbana, el antropólogo Eduardo Nivón suscribe que en los últimos años se ha desarrollado la visión urbana del *patrimonio* como *producto*, el cual se ofrece en un mercado de bienes simbólicos, que consiste en el tratamiento (físico y espacial) de vestigios históricos como mercancía, seleccionados de acuerdo con criterios de consumo y manejados por medio de la intervención del mercado (Nivón y Rosas, 2010:29-30, citado en

Giglia, 2017:24-25). Aunado a ello, se encuentra la geógrafa Verónica Crossa, quien además de sintonizar con el argumento de Nivón, agrega que las políticas urbanas actuales —que se centran, sobre todo, en la colaboración entre el gobierno local urbano y el sector privado para desarrollar *espacios renovados de consumo*—, se han distinguido únicamente por “privilegiar lo estético” como elemento central de la renovación urbana, y, de esta manera, convertirse en vínculos turísticos (Crossa, 2013:40). Al mismo tiempo, cabe reiterar que este conjunto de prácticas —que se han desplegado a nivel local— para recuperar diversos espacios públicos de orden patrimonial, han tenido origen en otras ciudades de corte internacional y se han importado como parte de una tendencia global para modificar *espacios urbanos erosionados en sitios estéticos y de consumo*. Y es así como se concretan las ideas de Nivón y Crossa, las cuales señalan que en la actualidad el uso del patrimonio se inserta dentro de un proceso donde lo *simbólico* pasa a lo *comercial*; replanteando de esta forma que la política urbana se orienta hacia la creación de una *image-making* (construcción de imagen) que sustentaría la búsqueda de una rentabilidad económica a través de estas intervenciones de “renovación urbana” (Nivón y Rosas, 2010).

Por otro lado, para seguir reflexionando sobre este esquema de transición urbana que se comenzó a generar incisivamente al interior de la Ciudad de México desde el año 2009, se puede tomar en cuenta la aportación teórica que hace el sociólogo Roland Robertson, quien sustenta que hoy vivimos en un mundo de afirmaciones locales, enfrentando tendencias globales. Al respecto, el autor señala que se deben entender las formas en las que las dimensiones de lo “global” y lo “local” interactúan para producir una “cultura glocal” (Robertson, 1995). Con ello, Robertson procura destacar, en primer lugar, la compleja interacción y la interdependencia básica que existe entre las distintas dimensiones que

estructuran lo “local” y lo “global”. Por lo tanto, dentro de este contexto mundial más dinámico de hoy en día, resulta equívoco pensar en una “cultura local”, cuando ésta se reconfigura dentro de un “escenario global”. Y en segundo lugar, este esbozo teórico también procura facilitar la interpretación sociológica sobre cómo lo “local” y lo “global” no se oponen, sino son muy “relativos” y se encuentran “fusionados”. En este sentido, la noción de la *glocalidad* que establece Robertson para describir los tiempos contemporáneos de las sociedades, recalca en todo momento que coexiste una articulación entre lo universal (globalidad) y lo particular (localidad), la cual constituye “la forma fundamental de la vida global” actualmente. Es por esto que sólo podremos entender un fenómeno local a través de su relación con los fenómenos globales (Robertson, 2006:19).

En términos generales, esta base teórica expone que en la actualidad toda coyuntura local está constituida con referencia en procesos globales. Por ello, todo proceso de “glocalización” involucra la vinculación de localidades, pero también implica la reinención de la localidad, propiciando con esto que en lo local se instaure una “micro” manifestación de lo global (Robertson, 1995:35). Por esta razón, y después de revisar la contribución que hace Roland Robertson, se puede ostentar que la forma en que hoy en día se transforman las urbes también resulta de la inserción de una visión global (política, económica y urbano-arquitectónica) adaptada a las condiciones locales de una ciudad y de sus espacios públicos con atributos simbólicos y económicos fundamentalmente. De esta manera, se hace patente que este enlace de sociedades y ciudades, en sus dimensiones política, económica, cultural y urbana a una escala mundial, se desarrolla bajo el esquema de adecuar modelos y patrones globales (siendo estos cánones que prosperaron y han conseguido reubicarse en distintas geografías

del orbe), sobre entornos y condiciones locales. De ello, se reflexiona finalmente que se ha ido gestando una *atmósfera glocal* que ahora permea en la construcción multidimensional de la ciudad y que, a su vez, se presenta como una forma de transformación urbana contemporánea.

Sin embargo, la resultante de todo ello también ha originado que crecientes antagonismos se susciten y labren un ambiente multidimensional glocal de contraste y efervescencia. Ante este escenario, se puede decir que en el caso concreto del Centro Histórico de la Ciudad de México, diversas políticas urbanas —con base en directrices de conversiones urbanas de carácter internacional—, se han puesto en marcha para reinventar el paisaje físico y natural de espacios públicos patrimoniales locales; pero en contraste, al parecer sólo se han remozado para después vigilarlos, transitarlos y no para vivirlos. En esta lógica, a simple vista los resultados de las transformaciones que ya se mencionaron han clausurado prácticas locales, han inhibido la comunicación cara a cara, han fragmentado “la continuidad activa de la palabra entre individuos” (Rodríguez, 2014: 60), y han desarticulado la apropiación colectiva del espacio, sustituido todo ello por preceptos de *contemplación* y *circulación*. Dicho de otra manera, la ejecución de proyectos de renovación que se viene dando sobre espacios urbanos de corte histórico se define como el deseo de la élite económica y política para refuncionalizar el Centro Histórico en el marco de una lógica de protección de la riqueza urbana local y de vinculación con las dinámicas globales de orden financiero y turístico, todo ello con el objetivo de generar posteriormente la creación de entornos inmediatos de consumo y de esparcimiento que también se ligan a las aspiraciones de las clases media y alta (Téllez, 2014).

En resumen, se puede argumentar que los acelerados cambios que se han promovido sobre distintos espacios históricos de la Ciudad de México

se derivan de todo un conjunto de modelos globales, donde la élite económica local, coadyuvada por la élite política, encontró en el espacio público el contexto propicio para converger y movilizar sus recursos financieros, humanos y materiales que —a la vez— concreten sus intereses y aspiraciones económicas particularmente, las cuales se traducen en la intención de mercantilizar los servicios y espacios de la ciudadanía, de inhibir la actividad sociopolítica mediante el consumo, y de confinar la forma de vivir y de construir la ciudad con base en estas nuevas consignas de re-producción capitalista (Téllez, 2014 y Ramírez, 2015). Ante este contexto, resulta interesante recordar lo que aseguró Emilio Pradilla hace un par de décadas, quien pronosticó, desde finales del siglo XX, que toda política urbana local que se lleve a cabo bajo una perspectiva global, llevarían como resultado: “1) la privatización de espacios y monumentos, 2) la libertad de inversión en la ciudad por parte de los empresarios, y 3) la sustitución de los programas urbanos por proyectos ostentosos, presentándose así, como una nueva forma para intervenir la ciudad” (Pradilla, 1991: 271). Por consiguiente, es innegable que este nuevo esquema para gestionar la ciudad a través de una política de financiamiento privado y encauzada a lograr un entorno de interés capital, ha conducido a que “la urbe se maneje más desde una perspectiva de mercado, que de políticas públicas urbanas” (Carrión, 2012:520).

Estructuración del encuadre teórico-metodológico

La importancia de la exploración del espacio público

Los espacios públicos que articulan y conforman a la ciudad, se convierten en elementos altamente importantes a explorar; esto, debido a que resguar-

dan una gran cantidad de información, códigos y símbolos para el entendimiento de la vida urbana. En particular, el espacio público se presenta como un componente vital en el que se relacionan las personas, se expresan, se comunican y también donde confrontan su realidad. En esta perspectiva, el espacio público se transforma en un *dispositivo urbano* que detona la experiencia social; asimismo, la sugestiva facultad que posee este elemento lo coloca como un referente importante en el plano de los estudios urbanos. En esta lógica, el análisis del “espacio urbano no puede comprenderse, sin considerar su interacción con las personas que lo habitan [...]”; mismas que lo dotan de significados con el tiempo” (García, 2006:80).

De esta manera, al abordar un espacio urbano de la ciudad se debe realizar un examen simbiótico entre la interacción de las personas y la dirección de sus acciones sobre el espacio, todo ello para poder dilucidar la construcción social del lugar y el vínculo que desarrolla éste con su entorno. Bajo este precepto, y teniendo en cuenta los alcances de este artículo, se estableció el objetivo de explorar los efectos sociourbanos que se han originado por la práctica a nivel local, de políticas urbanas de corte global en el centro de la Ciudad de México, específicamente en la aplicación de proyectos de renovación urbana sobre espacios públicos de carácter simbólico, para estetizar —transformando atractivamente— su atmósfera natural y componentes físicos. Para ello, se optó por analizar el ambiente sociourbano actual, que se despliega al interior de la Alameda Central de la Ciudad de México, así como contrastar su dinámica social anterior con el cambio de las prácticas y los usos que surgieron al interior de este lugar, a partir de la reciente transformación física y paisajística a la que se sometió en el año 2012. En este sentido, se reitera que el énfasis de esta cobertura analítica, se encauza, principalmente, en los cambios multidimensionales generados

por este *procedimiento de cambio* (ejecución del proyecto de renovación urbana), sobre la estructura social de la Alameda Central a partir del año 2012, enfocándose de manera acotada en la identificación, descripción y comprensión de usuarios, prácticas y tensiones, que se han suscitado en este lugar de naturaleza pública a causa de su re-invencción.

Ante ello, también surgen dos interrogantes: ¿por qué la Alameda Central? y ¿para qué efectuar esta investigación? En respuesta, se reconoció el contexto histórico y simbólico que este lugar ha construido a través del tiempo, como la ubicación que mantiene desde el siglo XVI en el corazón del Centro Histórico de la Ciudad de México, así como su decreto: “Patrimonio Cultural de la Humanidad”, por parte de la UNESCO en 1987. Al mismo tiempo, se hallaron estudios que conciben un análisis desde su origen hasta antes de dicha conversión, aludiendo temas sociales, antropológicos y de geografía humana; en este ámbito, se aprecian los trabajos de los escritores Efraín Castro y Juan García (2001), de la antropóloga Sara Makowski (2004), del geógrafo Adrián Hernández (2006), de la cronista Antonieta Salazar (2011), del periodista J.M. Servín (2012) y del urbanista Christof Göbel (2012). De tal manera que éste fue el parámetro central, para cristalizar la investigación sobre este lugar con base en el aporte teórico sociourbano que puede ofrecer después de su transformación.

La etnografía: una alternativa para el análisis del espacio urbano

Para efectos de este apartado en el análisis de cómo las personas se relacionan, habitan, practican y se identifican con la Alameda Central y su entorno urbano circundante, se puede establecer que se hará uso de la metodología cualitativa, la cual envuelve una serie de técnicas que “pretenden describir, decodificar y sintetizar el significado de hechos que

acaecen naturalmente en el mundo social” (Pimienta y Vera, 2010: 191). Al respecto, la etnóloga urbana Kathrin Wildner coincide con Rodrigo Pimienta y Marta Vera, y propone que “para examinar la concepción, percepción y usos del espacio urbano, es necesario la aplicación de un método cualitativo: la etnografía urbana” (Wildner, 2005:211).

De este modo, la etnografía se presenta como una alternativa para investigar de manera cercana las diferentes formas de habitar, usar y apropiarse el espacio público de una ciudad. Simultáneamente, es necesario precisar que la etnografía es un método que se concibe desde la antropología social, y no desde el urbanismo (Dominguez Prieto, 2010:153). Sin embargo, para aventurarse en el estudio de los espacios urbanos, resulta una opción considerable dentro de la metodología cualitativa. En este ambiente, el acceso directo al espacio, la interacción del investigador con las personas, su relación con el lugar y la interpretación de sus significados, son parámetros fundamentales de examinación, que otorga el procedimiento etnográfico para la comprensión de un sitio urbano.

Ahora bien, analizando teóricamente y de manera breve este método (para todos aquellos que inician en la aplicación de metodologías en la producción de estudios urbanos), la “etnografía” es entendida por el antropólogo Clifford Geertz como una *descripción densa*. Sobre esta base, Geertz manifiesta que el objetivo principal de esta “descripción densa” es interpretar los códigos socioculturales que se manifiestan en el espacio urbano. Desde otra visión antropológica, Abilio Vergara menciona que la etnografía permite ordenar e interpretar la información que obtiene el investigador, producto de su “ingreso” a la realidad que confronta. De igual forma, el antropólogo refiere que la construcción de la etnografía se caracteriza por “el cruzamiento de información adquirida de diversas fuentes, en una suerte de triangulación que multiplica y enri-

quece a las perspectivas que abordan el problema a investigar” (Vergara, 2013:25). En suma, “la meta es llegar a grandes conclusiones, partiendo de hechos pequeños, pero de textura muy densa” (Geertz, 1982, citado en Vergara, 2013:26); pero sobre todo, destacar la voz y experiencia de las personas que interactúan en el espacio.

Ante esta connotación, es importante señalar que al aplicar este método los analistas no buscan manipular, ni controlar sus entornos sociales o normativos, sólo describen y analizan aquellos aspectos que consideran importantes para su investigación. Es así que la *observación participante* es un óptimo mecanismo para tomar parte de la vida de un espacio, además de intervenir en la vida local que se desarrolla, lo que significa interactuar y conversar con los actores del lugar por un tiempo prolongado (Geertz, 1996).

En resumen, con base en el análisis previo se concluye que se hará uso de la etnografía, la cual se entiende como un método de análisis que consiste en reconstruir la realidad social, cultural y espacial de un lugar en particular, mediante una *exploración interpretativa* de lo que acontece y con la creación de un *contenido textual descriptivo, detallado e integral*. Como se antecedió, la etnografía se caracteriza por la inmersión del investigador en el lugar, actuando de forma vivencial e interpretativa, y, ante este escenario, el etnógrafo tiene la oportunidad de presenciar y apreciar las expresiones, el lenguaje, la comunicación y las acciones de los individuos y/o grupos sociales, así como la significación que éstos imprimen sobre el espacio. Asimismo, es importante destacar que este proceso comienza con la observación del investigador dirigida hacia las distintas coyunturas que puedan emerger en el espacio a explorar, por ello, se consideró tener concentración, a fin de conformar una *observación estructurada* que sirva como guía y que impida que la mirada se pierda en el amplio universo de infor-

mación que existe en el espacio urbano (Domínguez, 2015:51).

La fotografía como complemento de una observación estructurada

Por último, para cerrar este encuadre teórico-metodológico, se consideró apropiado emplear la *fotografía* como un elemento importante para registrar los momentos y hechos artífices que van tejiendo la realidad social de la Alameda Central. Al respecto, el sociólogo Hugo José Suárez expone que una de las principales intenciones de quienes realizan investigaciones etnográficas es, en el trabajo de campo, poder registrar de la mejor manera la realidad que están observando y viviendo. Para ello, existe la utilidad de distintos recursos; la fotografía es uno de ellos. Además, durante este proceso visual, se busca que las imágenes tengan un lenguaje autónomo y complementario en la explicación del proceso social que se aborda (Suárez, 2008:22-23).

De modo semejante, el fotógrafo documental Narciso Contreras resalta el valor de la fotografía como un instrumento de exploración de la realidad, y añade que el acto fotográfico es un ejercicio de *observación detallada*. La fotografía es un proceso de interpretación de la realidad, y como recurso de interpretación, tiene momentos de observación, de análisis, de reflexión y de construcción: es todo un proceso muy completo de entendimiento (Contreras, 2014:309-312). Por consiguiente, comprendiendo la fotografía como una forma de observar e interpretar el mundo y, conjuntamente, como una herramienta de investigación, se pretende que el registro fotográfico que se presenta a lo largo de este apartado dé testimonio y contribuya a la descripción teórica y empírica de la realidad sociocultural que

se dispersa internamente en la Alameda Central de la Ciudad de México.

Así pues, para la confección de una descripción detallada sobre la relación social, cultural y simbólica que sucede en la Alameda Central, ocupando para ello la transcripción de la observación estructurada (una mirada ordenada) a un componente gráfico (la fotografía como narrativa visual), se decidió hacer uso de una cámara réflex con mecanismo digital, así como establecer visitas prolongadas y mantener diálogos frecuentes con los usuarios del espacio. Al mismo tiempo, las estancias se realizaron en diversos días, pero principalmente se asistió los días viernes, sábado y domingo, durante los meses de enero a noviembre del año 2017. De esta forma, la aplicación de la etnografía para este trabajo conllevó un esfuerzo de observación, de interpretación y de triangulación (teoría, anotaciones y entrevistas) para la construcción de conocimiento en el entendimiento de la realidad sociourbana de la Alameda Central.

Pero antes de comenzar, es importante mencionar que el estudio que se realizó sobre este lugar partió desde la formación arquitectónica y urbana del investigador; sin embargo, se aceptó el reto de aplicar una metodología proveniente de las Ciencias Sociales y empleada en estudios de antropología social y visual. En esta parte, es importante agradecerle a la antropóloga Aida Analco Martínez, por su valioso apoyo en la entrega de un amplio archivo fotográfico para el análisis atemporal y visual de la Alameda Central en su pasado. En síntesis, la fotografía, como elemento documental, fungirá en las siguientes páginas: 1) Como prueba de la realidad social del lugar; 2) Como testimonio de mi discurso etnográfico, y 3) Como complemento analítico para la discusión teórica que aquí se presenta.

Apropiación social de la Alameda Central y sus prácticas emergentes

Travesía y acceso al parque histórico

Trasladarse desde el Estado de México a la Alameda Central en el Centro Histórico de la capital¹ resulta toda una odisea y, a veces, un verdadero acto de valentía al confrontar la distancia y la congestión vehicular que dificulta el rápido acceso a la Ciudad de México. Desde Ecatepec, en el tramo norte de la Zona Metropolitana (mi ubicación), la “Línea 3 del metro Indios Verdes-Universidad”, se presenta como el sistema de movilidad más cercano y conveniente para asistir al objeto de estudio. Aquí, es interesante apuntar que este viaje subterráneo por la ciudad también se vuelve una experiencia social, cultural y sensorial, la cual cambia, dependiendo del día y la hora en que se aborde. Por otro lado, entre semana, de lunes a sábado, durante las mañanas y tardes, la inmensa fuerza laboral que acude al centro de la urbe desborda cuantitativamente este sistema de transporte, causando desplazamientos lentos y con dificultades de espacio. En cambio, los días domingo se percibe una frecuencia más pasiva, y antes de mediodía se observa el ingreso de una gran cantidad de familias que se adentran al metro con el fin de pasar el día en algún espacio público de regocijo en la ciudad, y que, a su vez, se preparan y desplazan con mochilas, alimentos, juguetes y otros artículos para realizar un día de

campo citadino, y así aprovechar al máximo su día de descanso laboral.

El rostro físico de la Alameda Central

Al emerger de las entrañas de la ciudad e ingresando a la Alameda Central,² se localizan en todos los pasillos de acceso señaléticas prohibitivas que indican: “Prohibido el acceso con patines y patinetas”, “Prohibido el acceso en bicicleta o en motocicleta”, “Prohibido vender y ofrecer servicios” y “Prohibido acceder con mascotas”. Con ello, se puede verificar que este espacio público, después de su “renovación”, asumió normatividades que confinan su ingreso y el libre esparcimiento sobre su territorio (Figura 1). Pero a primera vista, estos códigos restrictivos se ven desafiados por distintos usuarios —empero, esta parte se analizará más detalle conforme se avance en la exploración.



Figura 1. Señalética prohibitiva en la Alameda Central, 2017.
Fuente: Fotografía realizada por el autor.

1 La Alameda Central se considera el parque más longevo de la Ciudad de México y uno de los más antiguos en América Latina. En este sentido, su origen data de finales del siglo XVI, por una iniciativa del virrey Luis de Velasco II, cuando éste se reúne con su cabildo, en la ciudad el 14 de enero de 1592, solicitando la creación de una Alameda con una fuente y árboles para ornato de la ciudad. Desde su inicio, este espacio se conformó al poniente de la naciente ciudad, en ese entonces, su periferia inicial, la cual hoy en día se ha disuelto y se ha tornado en parte integral del Centro Histórico de la Ciudad de México.

2 La Alameda Central se localiza en el corazón de la Ciudad de México, confinándose al norte por la avenida Hidalgo, al oriente por la calle Ángela Peralta y el monumental Palacio de Bellas Artes, al sur por la avenida Juárez y al poniente por el corredor peatonal Dr. Mora.

En cuanto a los componentes físicos, después de la intervención arquitectónica la actual Alameda Central expresa renovadas facciones. En primer lugar, se anularon los “cestos de basura maltratados, las rejas mutiladas, las cabinas telefónicas, los módulos de información turística y las bancas metálicas en mal estado” (Göbel, 2012:75). En este ámbito, todo el mobiliario que existía en el espacio fue suprimido, a excepción de las bancas, las cuales se rehabilitaron y se le adicionaron 96 elementos más en color negro. En general, estas unidades de descanso ahora suman un total de 261 sedes para la contemplación, el diálogo, el amorío y la observación de la Alameda Central —prácticas que también se revisarán más adelante. Simultáneamente, ya instalado al interior del parque, se puede apreciar la vegetación y la geometría oblicua de los pasillos, cuyo origen data del siglo XVIII. En efecto, hoy se vive una Alameda Central sobreviviente, que resiste la contaminación cotidiana y que aún conserva elementos de la Conquista y el Porfiriato (García, 2001: 96). En este contexto, sobre su área se despliegan múltiples elementos monumentales y escultóricos restaurados, por ejemplo, el Hemiciclo a Juárez al sur, un quiosco octogonal al norte, el monumento del músico Ludwig van Beethoven al oriente y la efigie del polímata Alejandro von Humboldt al extremo poniente.

De manera semejante, se dispersan variadas fuentes con agua, correspondientes a la segunda mitad del siglo XIX, mismas que se equiparon con nuevas tecnologías en ahorro energético de iluminación *Led* y de ingeniería hidráulica al sincronizar chorros de agua danzante. En virtud de lo anterior, se puede ostentar que los resultados del *Proyecto de recuperación de la Alameda Central* —en términos estéticos—, expresan un cambio contemporáneo en la imagen arquitectónica y urbana (*image-making*) de este espacio público patrimonial. Ante este escenario, el mobiliario, los materiales, las fuentes,

las esculturas, los monumentos y el paisaje vegetal exhiben un semblante renovado. Ahora bien, vinculando estos resultados físicos del proyecto con la atmósfera colindante de la Alameda Central, parece ser que la premisa de la administración urbana por “privilegiar lo estético” como elemento central, se efectuó para que este lugar urbano pudiera ser compatible con el contexto económico y de servicios “glocales” que se han alojado principalmente en su frontera sur (Av. Juárez): Centro Comercial Parque Alameda, Hotel Fiesta Inn, Hotel Hilton, Conjunto Residencial Puerta Alameda y Plaza Juárez, así como bancos y negocios de naturaleza internacional: *Sanborns*, *Wings*, *Chili’s*, *Burger King*, *Sears* y *Starbucks Coffee*, entre otros (Figura 2). Sin lugar a dudas, todas estas obras representan un impulso arquitectónico —portento de una estructura urbana apropiada a las formas actuales de la economía y los servicios—, que se articulan al escenario global (Duhau y Giglia, 2012).



Figura 2. Centro comercial “Parque Alameda”, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Actores sociales de la Alameda Central: un contraste entre el pasado y el presente

Analizando la estructura social de la Alameda Central en retrospectiva, desde su origen hasta la fecha, este espacio urbano siempre ha invitado a matizar. Matizar clases, matizar olores, costumbres, culturas e ideales. En este espacio, existen esencias de muchos personajes, desde la Colonia hasta el México Contemporáneo, pasando por virreyes, independentistas, revolucionarios, zapatistas, soldados, presidentes, perredistas, pintores, universitarios, electricistas, albañiles y hasta los mismos dioses griegos que se han instalado en el jardín —con el nombramiento que se le dio a cada una de sus fuentes (Salazar, 2011:110). Con ello, es conveniente apuntar que antes de la transformación física que recibió la Alameda Central —principalmente sábados y domingos—, ésta “se tornaba en provincia; es decir, que las migraciones de los distintos estados de la República emergían de las estaciones del metro, bajaban de los microbuses y concurrían en este espacio como si fuera la plaza de su pueblo” (García, 2001:196). En este ambiente, desde muy temprano jovencitas, casi niñas, de origen indígena, se olvidaban de los apremios de su actividad laboral y llenaban la Alameda Central con su presencia a veces festiva, a veces taimada y retraída, pero siempre desafiante a la ceguera de una sociedad que aún las rechaza (Servín, 2012). En esta lógica, desde finales del siglo XX hasta antes de su intervención, la Alameda Central comenzó a definirse por contener una “distribución social meramente popular”; atrayendo distintas personalidades, con referencias y prácticas demasiado peculiares.

Bajo esta perspectiva, sobre la Alameda Central prevalecían diversos personajes que generaban una dinámica social distintiva. Diseccionando esta parte, el parque daba aposento a *boleros*, que ofrecían sus servicios en escenarios fijos; a *mujeres videntes*, que

leían el *tarot* y vendían amuletos de la suerte; a *merolicos*, que voceaban tónicos increíbles para timar diestramente; a *payasos urbanos*, que amenizaban la tarde mediante un lenguaje soez; a los tradicionales *fotógrafos*, que reproducían el momento al instante; a *jubilados*, que meditaban en este entorno; a *protestantes religiosos*, que argumentaban su doctrina; a *desposeídos*, que hallaban un hogar y temple en este sitio; a *comerciantes*, que vendían todo tipo de artículos y alimentos: *globeros*, *pirateros*, *dulceros*, *churreros*, *fritangueros*, *eloteros*, *chicharroneros*, *algodoneros*, *paleteros* y *neveros* (Figura 3), y, por supuesto, a migrantes rurales, indígenas, travestis y homosexuales que gozaban del baile o buscaban lograr un romance y/o encuentro sexual posterior (Cf. Makowski, 2004; Hernández, 2006 y Servín, 2012).



Figura 3. Algodoneros en la Alameda Central, 2008. Fuente: Fotografía realizada por Aida Alnalco Martínez.

Sin embargo, en una primera aproximación, hoy en día en la Alameda Central se percibe la ausencia de esta notable diversidad de personajes populares. De esta forma, haciendo un intento por identificar a los actores que persisten todavía, se observa

cada fin de semana a cuatro comerciantes de nieves y paletas, que emprenden su venta desafiando la normatividad del espacio: “Prohibido vender y ofrecer servicios” (Figura 4). En este caso, la represión “autoritaria” se hace presente en el lugar, y con ello se inicia una dinámica de expulsión social de la nueva Alameda: “Ya sabe que no puede estar aquí señora, por favor retírese y no insista más, o la vamos a tener que reportar para que pague la multa” (Discurso de un policía hacia un comerciante en la Alameda Central, 28 de enero de 2017).



Figura 4. Expulsión de comerciantes en la Alameda Central, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Con esto, se puede decir que después de la conversión de la Alameda Central se mantiene un “control de las poblaciones excluidas” (Brenner, 2015:233). Asimismo, estas normas que regulan lo “aceptable e inaceptable” en el espacio, provocan un conflicto que se deriva de los usos y actividades incompatibles por parte de las diferentes personas, y también un conflicto por la privatización social, demarcación territorial y control del sitio que generan (Di Masso, 2007, citado en Valera, 2008:04). Por otra parte, otros actores deciden realizar su venta comercial de manera “elusiva”, acudiendo sorpresivamente hasta las bancas o sobre los pasillos para ofrecer dulces que ocultan en una bolsa. Del mismo modo, resisten *boleros itinerantes* que, apresurados, brindan sus

servicios, así como *payasos urbanos* que cada fin de semana realizan distintas obras a un costado de la fuente central: *Las Américas* (Figura 5).



Figura 5. Comedia urbana en la Alameda Central, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

De estas evidencias, se puede ostentar que estos actores afrontan una lucha por *ser y estar* dentro de la Alameda Central, y así han conseguido definir, hoy por hoy, a este sitio como un *espacio de coerción y de resistencia práctico-social*. Ante todo esto, Angela Giglia indica que estas negativas de exclusión están encaminadas a atraer la asistencia de ciertos actores, por ejemplo, la llegada de turistas y ejecutivos globales, quienes para este estudio se cualificaron como: *urbanos cosmopolitas* —personas que se desarrollan en zonas urbanas atractivas, y que se desplazan o permanecen en un espacio, según sus deseos; se divierten, tienen dominio total de su movilidad, eligen su destino de acuerdo a sus placeres, y el mundo a su alcance es más global (Bauman, 1999:122-123). Con esta finalidad, las autoridades urbanas tratan de convertir este parque en una suerte de “sala de recepción” de la ciudad, frente al mundo del turismo y de los negocios in-

ternacionales (Giglia, 2013:34). En otras palabras, actualmente la transición de este espacio público hacia una imagen renovada, estética y de consumo obedece primordialmente a las necesidades de este nuevo usuario (Figura 6).



Figura 6. Urbanos cosmopolitas sobre la Alameda Central, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

No obstante, hoy en día en este paseo histórico también se desenvuelve el tránsito de usuarios de origen local, quienes del mismo modo, para este estudio, se cualificaron como: *urbanos locales* —entendiéndolos como todas aquellas personas que en ocasiones son desplazadas de su lugar y nada garantiza su permanencia en la ciudad; su movilidad depende de sus necesidades, y su mundo es más próximo (Bauman, 1999:122-123). Aquí, es necesario mencionar que los “urbanos locales” son mayoría sobre el sitio y se reconocen por sus atuendos variados. En este contexto, se perciben *estudiantes* con uniformes escolares; *oficinistas* con camisa, corbata y saco; uno o dos desposeídos urbanos —que logran ingresar— con una vestimenta sucia y erosionada, y *familias jóvenes* con ropa ocasional o casual: gorras, camiseta, playera sin mangas, blusa con escote, pantalones de mezclilla holgados o ajustados, calzado prominente y tacones (Figura 7).



Figura 7. Urbanos locales sobre la Alameda Central, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Dinámica socio-espacial de la Alameda Central

De lunes a viernes —entre las 6:30 y 7:00 a.m.—, la Alameda Central comienza a mostrar un flujo acelerado de trabajadores y oficinistas que se dirigen a laborar en las inmediaciones del espacio (Av. Juárez, Av. Lázaro Cárdenas, Corredor Madero y Barrio de San Juan de Letrán). Minutos más tarde, aparecen contados deportistas que trotan sobre los andadores y realizan algunos ejercicios de estiramiento apoyados en las bancas de cantera, y en conjunto, emergen a su lado pequeños grupos de estudiantes que acordaron irse de *pinta*, para evadir a sus profesores y pasar un día de diversión en la ciudad.

Después de mediodía, algunos oficinistas degustan sus alimentos en alguna banca del parque, revisan su celular, hablan por teléfono, “mensajean” virtualmente y regresan puntuales a su labor. Por las tardes, el ambiente social se torna más pasivo, ya que los usuarios en pareja optan por el descanso, el paseo y el diálogo mutuo. Por último, al anochecer —entre las 8:00 y 10:00 p.m.—, la Alameda Central queda totalmente vacía y con una amplia perspectiva debido a su iluminación, y no es sino hasta las 10:00 y 11:00 p.m. que se empieza a extinguir la

claridad interna del lugar. Pese a esta condición, ya no se percibe a los borrachos, trasnochados, niños y jóvenes de la calle que controlaban a la Alameda Central en la oscuridad (antes de su transformación) y que estaban muy atentos a las sirenas de las patrullas, para poder arrebatar una cartera o un celular (Makowski, 2004:66).

Llegando el fin de semana —sábado y domingo—, la Alameda cambia su semblante estático por uno más dinámico. En este sentido, cerca de la fuente central, se avistan *payasos urbanos* que, mediante su picardía, logran conglomerar a las personas; aquí, el público se ríe al observar el *show* y al escuchar chistes, insultos, albures y retóricas humorísticas que se vinculan con la condición física y económica de las personas (Figura 8). Al terminar, el cómico, de forma irónica, exige su remuneración reprochando a la gente que sólo le otorgó monedas: “Ya ni la chingan, ¿qué no les gustó?”, y bromeando a los que le dan algún billete: “Cada vez que me dan un billete de a veinte, me quiero morir. ¿Alguien me quiere matar con uno de a quinientos?” (Payaso urbano, 19 de marzo de 2017).



Figura 8. Tardes de alegría en la Alameda Central, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Pasando a la parte sur, se ubica el colosal Hemisiciclo a Juárez —creado en 1910 para el festejo del Centenario de la Independencia y a la memoria del expresidente Benito Juárez—, que recibe en-

tre sus columnas dóricas y su forma semicircular, a cientos de usuarios y turistas que desean crear una postal fotográfica con su monumentalidad. Concretamente, este lugar se ha concebido como el más simbólico y polifuncional dentro de la Alameda Central, puesto que este monumento es sede de manifestaciones políticas y demandas sociales, así como punto de encuentro para eventos deportivos en masa —como la edición de la *Maratón Internacional de la Ciudad de México* de cada año. De la misma forma, en la parte posterior se pueden encontrar diversas parejas juveniles, convirtiéndose en un espacio en el que se crean historias de amor a base de risas, guiños, abrazos, miradas furtivas y besos temerosos o apasionados.

Otra actividad adicional que se desarrolla a las espaldas del monumento es el baile juvenil llamado *Jump Style* y *Shuffle*.³ Dicha actividad la expone un grupo de jóvenes de entre 17 y 22 años, y se caracterizan por la portación de camisetas sin mangas, pantalones ajustados y tenis. Cabe mencionar que estos *rituales* provienen de Bélgica y Australia, respectivamente, y han sido adoptados fuertemente por adolescentes locales. Para Edgar Morín:

[...] los referentes transnacionales son parte significativa, pero no del todo. Aunque es cierto que para distintas generaciones de jóvenes, cuyos países no son vanguardia en materia de innovación juvenil, lo internacional les resulta más propio que las tradiciones y otros factores regionales; es desde lo local como juegan con lo global (Morín, 2001:117).

Por otro lado, es importante subrayar que antes de la transformación de la Alameda Central, el baile era el ritual que más se exhibía en el espacio, pues éste se complementaba con el ambiente sonoro de

3 El “*Jump Style*” nació en Bélgica a finales siglo XX y se caracteriza por saltos y pisadas fuertes. Por otro lado, el “*Shuffle*” es un estilo de baile que se desarrolló al mismo tiempo en la ciudad de Melbourne, Australia, y éste se distingue por el deslizamiento de los pies sobre el piso.

los géneros musicales locales: salsa, cumbia, tropical y banda. “La nutrida concurrencia enloquecía de alegría a la menor oportunidad. Las muchachitas y sus pretendientes disfrutaban del “bailongo” incentivado por el equipo de sonido que se instalaba en el corazón del parque” (Servín, 2012). Así, cada fin de semana, después de una pesada jornada laboral, cientos de personas (en su mayoría obreros, migrantes indígenas, travestis y homosexuales), asistían a la Alameda Central incitados por el movimiento corporal y el ambiente energético que éste desprendía entre la multitud (Figura 9).



Figura 9. El disfrute de los cuerpos en la Alameda Central, 2008. Fuente: Fotografía realizada por Aída Analco Martínez.

Ya en ambiente, todos trataban de lucir y presumir la agitación de su cuerpo en sintonía con la acústica del lugar. Gran parte del público y de los transeúntes, detenían sus miradas atónitas y morbosas en dichos personajes, y éstos lo disfrutaban, era el momento de hacerse visibles (Hernández, 2006:106). Específicamente, indígenas y migrantes de origen rural asistían arreglados al estilo de vaqueros urbanos, y en este contraste entre lo urbano y lo rural, la música gruperá tenía un papel importante en la conformación y conservación de la identidad de quienes se apropiaban de la gran plaza del pueblo: la Alameda Central, y que hoy por hoy se ven censurados y desdibujados completamente del espacio (Figura 10).



Figura 10. Reconstrucción de la identidad en la Alameda Central, 2008. Fuente: Fotografía realizada por Aída Analco Martínez.

Ahora bien, volviendo la mirada hacia los amplios corredores, se percibe el flujo peatonal de turistas, parejas, grupos de adolescentes y de familias que recorren los trayectos diagonales del parque. Estas alargadas geometrías recubiertas de mármol Santo Tomás, soportan a diario el paso de miles de personas a pie, en bicicleta, con patines, patinetas o con mascotas, por lo cual se hace patente que —a cinco años de haberse reinaugurado este lugar— las necesidades de tránsito de las diversas personas han disuelto en su totalidad la normativa que se impuso: “Prohibido acceder con patines, patinetas, bicicletas o con mascotas”.

Conviene subrayar que, a pesar de que ahora los trayectos no permiten la reunión colectiva como antes, sino el recorrido constante, la Alameda Central sigue siendo el lugar privilegiado para el encuentro y la estancia afectiva heterosexual y homosexual de parejas adolescentes y adultos mayores. Al respecto, la Alameda siempre ha sido considerada como lugar de ligue, punto de encuentro para los corazones y los cuerpos (García, 2001:194-196). En la actualidad, los enamorados que arriban al parque buscan su lugar en alguna de las numerosas bancas metálicas que flanquean los pasajes. De manera tal, que estas unidades de descanso funcionan como centros de diálogo, así como de encuentros y desencuentros

amorosos. Las parejas —en su mayoría jóvenes— llegan y se aposentan como mejor se “enamoran”, algunos se besan, platican y sonríen; otros simplemente se ignoran o intentan aclarar sus diferencias. Incluso, otros más, adoptan posiciones para poder mirarse de frente o convenientemente entrelazan sus manos, piernas y miradas para disfrutar del momento (Figuras 11 y 12).



Figura 11. Del encuentro a la seducción en la Alameda Central, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.



Figura 12. Del cansancio al desencuentro en la Alameda Central, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Ahora, recorriendo la parte poniente del espacio —cerca de la Plaza José Martí y de la estación del metro Hidalgo—, se percibe que la gente que ocupa ahora el mobiliario son adultos mayores. Algunos solitarios y otros en pareja, contemplan plácidamente la circulación en patineta de los jóvenes, la diversión

de los niños y el amplio paisaje vegetal que ambienta a la Alameda Central. En específico, para algunos asistentes, la Alameda Central se anuncia como un espacio muy agradable y de calma: “Toda mi vida he venido a la Alameda, siempre ando por aquí. Ahora está más tranquila y también más bonita. Lo único malo es que si quiero un chicharrón o un elote para comer, pues no hay” (usuario de 62 años de la Delegación Iztapalapa).

Ante ello y como se mencionó, algunos comerciantes siguen haciendo presencia —de manera itinerante y furtiva— al interior de la Alameda Central; esto, aunque tengan el conocimiento de la negación total de esta práctica socioeconómica: “Prohibido vender y ofrecer servicios”. Según el discurso de la autoridad, para materializar los objetivos de embellecer este espacio público, mejorar su imagen urbana y transformarlo en un espacio “digno” de la ciudad, primeramente se tenían que desplazar a los cientos de comerciantes instalados en puestos fijos, semifijos y rodantes, mismos que se consideraban “indeseables” y “nocivos” para el sitio. En este esquema, cabe recordar que ante la falta de oportunidades laborales y la carencia de políticas sociales eficientes, grupos sociales se dedicaban a proliferar el comercio informal en las entrañas de la Alameda Central (Figura 13).



Figura 13. Despliegue del Comercio ambulante sobre la Alameda Central, 2008. Fuente: Fotografía realizada por Aída Analco Martínez.

Asimismo, es importante destacar que desde 1942 aquí se festejaba la tradicional romería navideña. Como cada año, en diciembre la Alameda Central se volvía una especie de parque temático, con el montaje de una infinidad de escenarios y la instalación de una variedad de juegos mecánicos (García, 2001). Sin embargo, al llegar la transformación de la Alameda Central en el 2012, toda la amalgama de *escenarios ambulantes* que proveían una gran variedad de alimentos y productos, así como la romería anual, tuvieron que concluir definitivamente su participación en el parque. Pero por otra parte, la involución endémica de la política social ha permitido y alimentando la persistencia y continuidad de algunos vendedores en el lugar (Figura 14).



Figura 14. El comercio itinerante: una realidad que persiste, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Ahora bien, semejante a la acción que se realizó frente al comercio informal, el otro objetivo fue desplazar a todo *desprovisto urbano* que habitara al interior de la Alameda Central. En esta lógica, la reciente intervención dejó de lado las necesidades de las poblaciones más vulnerables y se orientó solamente a la creación de una *imagen renovada* para su proyección a nivel internacional. Por ello, la permanencia de estos actores se consideró inadmisibles, en contraste a la imagen atractiva del espacio y de consumo que se configura en algunos bordes de la Alameda, y es entonces “cuando el extraño

pasa de ser alguien por descubrir (entender y ayudar), a ser alguien a quien temer (y desterrar)” (Valera, 2008:03).

Empero, esta lógica por recuperar espacios públicos al disgregarlos de grupos *indeseables*, se revierte cuando la realidad se asoma en una ciudad que cuenta con más de cuatro mil habitantes en situación de calle.⁴ Sin tener un lugar para vivir, vagan sin rumbo hasta que deciden acudir a la Alameda Central, para evadir el control policial y colarse entre la multitud solicitando algunas monedas. En ese sentido, la estancia de algunos despojados se avista todavía, particularmente con el rostro y las manos sucias, con un ropaje destrozado y, en algunos casos, sin calzado (Figura 15).



Figura 15. Sueños efímeros en el Hemisclio a Juárez, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Al mismo tiempo, es necesario recalcar que la notable población infantil y juvenil desposeída que se albergaba aquí anteriormente no volvió después de

4 La Secretaría de Desarrollo Social de la Ciudad de México presentó los resultados del primer Censo de Poblaciones Callejeras 2017, en donde se expuso que 4,354 personas viven en situación de calle.

la transformación. Quizá, en un intento por eludir las funestas redes de la prostitución y el abuso sexual que sufrían aquí, optaron por desconfigurar el pasado y moldear un nuevo presente en algún otro espacio público: parque, bajo puente, calle o cruce vehicular de la ciudad. Así, en el pretérito —o trágicamente en otro sitio—, quedaron los adultos que llegaban en busca de menores con diez años de edad en adelante, quienes por 200 pesos se los llevaban siempre a hoteles de paso o a los baños de las colonias Guerrero y Merced.⁵

Por otra parte, en los recorridos etnográficos también se verificó que la presencia masiva de indígenas migrantes se socavó en gran medida. Ciertamente, desde finales de la década de los años sesenta, grupos de personas con origen indígena —principalmente del Estado de México, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo y Oaxaca— comenzaron a abandonar sus tierras de cultivo y sus actividades locales para migrar a la Ciudad de México. Cabe mencionar que la finalidad de su movilidad regional siempre ha sido el poder contrarrestar la pobreza que padecen en sus pueblos de origen y encontrar mejores oportunidades económicas; pero, en contraste, su inmersión en el campo laboral urbano sólo les ha dado cabida en la economía informal y en las áreas domésticas y de construcción (Domínguez y Rodríguez, 2014). De ahí que, deslocalizados de su entorno inicial, “las autoridades los han considerado como agentes migrantes; dicho de otra forma, como individuos ajenos no adaptados, ni adaptables al espacio urbano” (*op. cit.*, 2014). No obstante, situados en la urbe acuden a espacios públicos, como parques y plazas para “identificarse y comunicarse a través de su lengua materna; de esta manera, los recién llegados a la ciudad buscan

aquellas áreas habitadas por migrantes de su misma región, y así, conforman un mosaico de territorialidades reubicadas” (Rowe y Schelling, 1993, citados en Vázquez, 2001:402).

Desde esta perspectiva, la participación de estos grupos sociales —no colectiva, pero sí disipada—, se concibe hoy en día en la Alameda Central. Ante la condición de no tener contacto con su familia, un hogar propio o un espacio libre para descansar, salen entusiastas cada fin de semana con la certeza de encontrar su identidad étnica en la Alameda Central. Principalmente, arriban a la parte norte, donde se ubica un quiosco de forma octogonal recubierto de cantera y recinto volcánico. Periféricamente, se observa que gravitan por momentos efímeros, algunas parejas luciendo atuendos sencillos y en ocasiones desmedidos a su talla, pero siempre pulcros y decorosos para su encuentro. Asimismo, aunque su ingreso a la Alameda Central no está restringido de manera directa, la presencia cuantitativa de estos actores disminuyó notoriamente. Posiblemente, el cambio paisajístico, arquitectónico y social amedrentó imaginariamente a la mayoría de los indígenas que se reunían anteriormente para el romance y la comunicación. En este sentido, Abilio Vergara realiza un aporte teórico en relación y establece que las fronteras no sólo son obstáculos físicos que impiden o posibilitan el ingreso físico-inmediato: operan desde más allá, desde estructuras sociales e imaginarias que separan y alejan a todo aquello que no gusta, que desagrada (Vergara, 2013:121).

En este tenor, los mencionados contornos imaginarios se refieren a las diferencias simbólicas (figuradas) que los individuos construyen en relación a sus vivencias, percepciones, discursos, prácticas e identificaciones que desarrollan. De este modo, utilizan distintas barreras físico-materiales (espaciales), sociales y mentales para desplegar sus estrategias con el propósito de apropiarse de un lugar y/o diferenciarse de otros (Pedrazzani, 2009:11). En suma,

5 Para más detalles sobre el tema, véase el trabajo periodístico de César Arellano (2009). “En la Alameda, menores en situación de calle son víctimas de la prostitución”. *La Jornada*, 14 de julio de 2019. “La capital”.

vinculando estas referencias teóricas, se puede sustentar que la mutación física y social de la Alameda Central perturbó tajantemente la convivencia que establecían los indígenas en este sitio. Ahora, la imagen renovada de la Alameda Central y la expulsión directa de los demás sectores populares generaron una expresión subjetiva de discrepancia en esta población, orillándola a su alejamiento, para configurar su lugar en otro espacio público, o quizá, público-privado (antros).⁶ Ante esta situación, es necesario advertir que la constante discriminación y los absurdos prejuicios de desprecio hacia éstos y otros grupos sociales seguirán frustrando todas las iniciativas político-urbanas que pretendan lograr una ciudad incluyente y armónica.

Aunado a ello, en esta misma zona norte de la Alameda Central, también se aprecian algunas prácticas lúdicas —que previo a la “rehabilitación” no se realizaban. En la parte interna del quiosco que se ubica aquí, se reúnen adolescentes (que oscilan entre los 16 y 20 años de edad) que degustan una botana al tiempo que narran sus anécdotas y comparten ocurrencias humorísticas. Igualmente, cada fin de semana ingresan al quiosco un grupo de violinistas que reciben clase los domingos, haciéndose acompañar por algunas parejas que desean escucharlos, al igual que evadir la intensa radiación del sol o que prefieren tener únicamente un punto visual más elevado de la Alameda Central.

Más tarde, a las fueras del quiosco se reúnen grupos de jóvenes que hacen malabares hábilmente con aros, pelotas o clavos, mientras que, por otro lado, otros se sitúan en las bancas de cantera para platicar y tocar algún instrumento. Karla, quien visita la Alameda Central con sus amigos, mencionó: “La verdad, me gusta mucho la Alameda, anterior-

mente no asistía, no sé qué le hicieron, pero se ve muy bien. Mi visita no sé si sea por motivos culturales, pero me reúno aquí con mi amigos para tocar la guitarra” (usuaria de 18 años de Nezahualcóyotl, 13 de abril de 2017). De esta forma, el quiosco y su perímetro se han tornado actualmente en un punto de referencia para el encuentro juvenil.

Por otra parte, quienes no realizan alguna actividad en particular, simplemente optan por arribar y sosegar su trayecto; es así que aparecen jóvenes que operan su *smartphone* apresados por el descomunal internet, así como algunos usuarios de la tercera edad que dormitan por doquier (Figura 16). En ese contexto, mirar a la gente efectuar estas dos prácticas asimétricas, resulta contrastante permitiendo razonar que su procedencia se deriva de dos variantes sustantivas. En cuanto a la primera actividad, ésta se debe a la revolución tecnológica, informativa y de comunicación que se vive hoy en día, y, con ello, a la política de *Acceso a Internet WiFi CDMX en Plazas y Parques Públicos*, que el Gobierno de la Ciudad de México comenzó a gestionar en el año 2014, bajo el discurso de ir transformando la capital del país en una ciudad inteligente o *Smart City*.⁷

6 Para ampliar más sobre este tema, véase el reportaje de Phenélope Aldaz y Rafael Montel (2013): “De la Alameda a los antros inseguros”. *El Universal*, 24 de junio de 2013. “Metrópoli”.

7 En los últimos años, diversas visiones han promocionado la posibilidad de concebir “Ciudades Inteligentes” (*Smart Cities*), planteando la resolución de problemas urbanos como: el suministro energético, la movilidad, la disposición de residuos sólidos, la reutilización de residuos líquidos, la dotación de agua y la inseguridad. La idea principal para atender todo esto es mediante el desarrollo de nuevas infraestructuras que involucren la utilización de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (cámaras, sensores y plataformas digitales) que vinculen a la sociedad con los servicios e infraestructuras de la ciudad (Montejano, 2013:63-64).



Figura 16. Contrastes urbanos en la Alameda Central, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Y en cuanto a la segunda práctica, el intenso uso del mobiliario para reposar y dormirse a medias, se debe a que la enorme superficie de pasto que distinguía a la Alameda Central y que daba descanso, calma y recreo a decenas de familias, trabajadores y parejas, se extinguió completamente. Claro está que la intervención de los árboles y de la vegetación fue el eje central de la conversión de la Alameda Central en el 2012; con ello, la “tala justificada” de elementos inertes dio paso a la forestación de nuevas especies, como: magnolias, fresnos, ahuehuetes, sauces, liquidámbares y álamos. Asimismo, la extensa área que ocupaba el pasto se renovó como una superficie prohibida, al desplegar jardines estéticos compuestos por lirios, salvas y lavandas, estos últimos característicos por sus follajes verdes y púrpuras cuando florecen en su totalidad.

De esta manera, quedó lejos el lugar donde las personas buscaban el radiante verde del pasto, matiz relacionado con la naturaleza y el campo para extender sus tapetes y cobijas a la sombra de los árboles, con el fin de recostarse a meditar, comer

en familia, leer el periódico, jugar una *cascarita*, saltar la cuerda, jugar amorosamente o tomar una ligera siesta en pareja o solitariamente (Cf. García, 2001 y Hernández, 2006). Por consiguiente, esta nueva condición contemplativa y restrictiva de las áreas verdes ha desencadenado que la euforia lúdica y altamente recreativa de los visitantes (primordialmente de niñas, niños y jóvenes de variada edad), se concentre fervientemente y de manera consistente en las fuentes con agua de la Alameda Central (Figura 17).



Figura 17. Fuente de “Las Américas”: del olvido a la atracción infantil, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Para tal efecto, las ansias de divertirse cada fin de semana y el avanzado sistema hidráulico de las fuentes remozadas fungen como las principales variables que han estimulado la presencia de un abundante público infantil en la Alameda Central. Ahora, las antiguas fuentes sin agua en estado de deterioro e inoperantes, se desdibujaron ante la nueva tecnología que expresa su restauración, produciendo propulsiones rítmicas de agua danzante, sincronizadas en tiempo, velocidad, fuerza y altura. Además, se debe agregar que este sistema programado se instaló en las cuatro fuentes octagonales tipo “geiser”, en las dos fuentes secas de las glorietas Ninfa I y II, y en las seis fuentes con base de cantera circular y figuras de bronce; sin embargo, la fuente central (Las Américas) destaca de todas ellas al acaparar no-

tablemente la interacción infantil y juvenil resultado de su enorme dimensión (Figuras 17 y 18).



Figura 18. La reinventación del ocio en el juego sobre la Alameda Central, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

Particularmente, en el periodo vacacional de verano la asistencia de niñas y niños se incrementa desmesuradamente. Con ropa o en calzoncillos, los niños colapsan de felicidad al conjugarse con la dinámica acuática que se produce. Simultáneamente, sus padres, quienes los acompañan, observan atentos y emiten indicaciones de precaución: “No te vayas a caer hijo”, “Ten cuidado amor”, “No empujes a la niña” y “¡Cuidado!, está resbaloso”. Es así que la imaginación y el encuentro lúdico generan un ambiente altamente vibrante, haciendo que las fuentes se transformen en incesantes *centros de festividad infantil* (Figura 18).

En cierta medida, esta dinámica social construida por los infantes denota rasgos muy importantes. En primer lugar, los niños —en oposición a los adultos que frecuentan la Alameda Central— confrontan la incapacidad de enfrentarse a la irritante pluralidad de los seres humanos, demostrado una amplia capacidad para convivir con las diferencias: los demás niños (Bauman, 2003:114), y, en segundo lugar y como una lección de socialización, los niños vinculan su comportamiento social con la otredad al esparcimiento; por ello, “la canalización del

ocio hacia el juego, tiene otras funciones sociales muy importantes entre la población infantil y juvenil. Aprenden el respeto y asimilan la necesidad de aceptar reglas colectivas” (Sue, 1995, citado en Vázquez, 2001:396). No obstante, a pesar de reconocer los óptimos beneficios sociales y lúdicos que promueven los parques urbanos en la niñez, la falta de atención a este rubro es muy evidente, proyectándose en la poca planeación de estos espacios en la Delegación Cuauhtémoc —localización de la Alameda Central.

Al respecto, la demarcación cuenta con una superficie total de 3,244 hectáreas, de las cuales sus plazas, parques y jardines, en conjunto, “representan (únicamente) el 2.18 % (70.7 hectáreas) de su territorio general. De ahí que “no existen suficientes parques urbanos que atiendan las necesidades de la población y sus visitantes, provocando la saturación de los jardines existentes” (Delegación Cuauhtémoc, 2017). Según datos que corresponden al censo de 2010 por el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI), en el apartado de *Vivienda y urbanización-Parques de juegos infantiles*, la Ciudad de México cuenta con un total de 569 sedes públicas para el disfrute de 1,982,641 niños y niñas de la capital. En el caso de la Delegación Cuauhtémoc, ésta cuenta con 83 parques lúdicos para el disfrute de 102,111 infantes residentes (de 0 a 14 años); representando el 14.6 % del total de este equipamiento en la ciudad. Es así que esta serie de cifras indican la desproporcionada relación que existe entre este equipamiento urbano y la necesidad poblacional a nivel delegacional y a nivel capital.

Por otro lado, conviene señalar que la Alameda Central no es un espacio diseñado para la destreza infantil, sino que se concibe como un sitio propicio para el paseo y la contemplación; sin embargo, las fuentes —como nuevos atractivos— fueron estimulando la imaginación de los niños y agitando su cal-

ma para apropiarse enérgicamente de ellas. De este modo, el aprovechamiento actual que los infantes realizan sobre este espacio público se constata en las diferentes formas en que ejercen el juego y se vinculan con el entorno social, físico y natural, propiciando así su desarrollo integral en conexión al lugar. Para María de Lourdes Sandoval, quien fortalece esta idea, argumenta que las actividades de juego son una fuente extraordinaria para explorar el mundo, conocer otros niños, sincronizar su desarrollo motor y desarrollar destrezas físicas cuando corren, brincan y se balancean; pero también se adquieren habilidades de socialización y tolerancia al saber acordar a qué jugar y cómo jugar (Sandoval, 2010). En síntesis, el remozamiento —específico— de las fuentes de la Alameda Central ha contribuido plausiblemente para transfigurarla en un *espacio de juego* infantil y juvenil. Dicho esto, se puede ponderar que ahora los niños son los principales actores del sitio, quienes colectivamente practican y se apropian del lugar, reivindicando su “derecho a la ciudad”. Además, es interesante señalar que el estímulo del juego se configura como el medio principal para que los infantes identifiquen a la Alameda Central —como un espacio público de la ciudad para el descubrimiento, la experimentación y el aprendizaje individual y/o colectivo (Figuras 19 y 20).



Figura 19. La Alameda Central como lugar de aprendizaje, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.



Figura 20. La Alameda Central como lugar de experimentación, 2017. Fuente: Fotografía realizada por el autor.

En cuanto al lenguaje acústico, la acción lúdica de los infantes crea una resonancia de voces y gritos de gusto, burla y felicidad, los cuales se adicionan al bullicio de las personas que circulan por los corredores y de los que se aposentan en las bancas metálicas y de cantera. Aunado a ello, se perciben ecos naturales, como el gorjeo de las aves, el ruido del viento que sacude a los árboles y la agitación rítmica del agua que se zarandeja en las fuentes. Y en su conjunto, a esta mezcla orgánica se le añaden sonidos artificiales, que emanan de las cajas musicales de los organilleros y de los automóviles que marchan por las avenidas circundantes.

El anochecer dominical de la Alameda Central

Con el paso de las horas, al finalizar el día y llegar la noche —entre las 7:30 y 9:30 p.m.—, la dinámica social cambia y la Alameda Central comienza a despedir al público en general con un espectáculo de agua danzante, mismo que se armoniza dies-

tramente, con múltiples destellos de luces multicolores. Como resultado, las personas, atentas, se acercan y rodean a las numerosas fuentes para deleitarse con la demostración; al mismo tiempo, fotógrafos con dispositivos electrónicos (celulares y tabletas) y otros con equipos más sofisticados (cámara y tripié), se benefician del paisaje nocturno y lo traducen en el escenario perfecto para lograr una postal urbana, y con ello llevar el recuerdo a casa o exhibirlo por internet.

A su vez, el espacio se alumbra con más de quinientas luminarias que emiten luz *Led*, permitiendo así una amplia percepción visual y de confianza al circular por el parque. En este ambiente, policías preventivos se suman a la seguridad del lugar, custodiando la zona y garantizando el orden social ante una eventualidad negativa. Mientras tanto, en las bancas periféricas de cantera, decenas de parejas prefieren no movilizarse y aprovechan para liberar besos y abrazos más intensos. Finalmente, entre las 9:30 y 10:30 p.m., la gente promueve su abandono y se dirige a buscar el medio de transporte más cercano. Es así que los usuarios empiezan a disminuir al interior de la Alameda Central, el agua deja de brotar vivamente, el espectáculo de luz se apaga y el silencio y la soledad llegan para acompañar a las esculturas y las fuentes por el resto de la noche.

Consideraciones y reflexiones finales

A manera de conclusión, y haciendo un balance general con base en el estudio atemporal y vigente que se realizó, se puede señalar que la Alameda Central era antes de su intervención un espacio muy afectado físicamente; pese a ello, gozaba de una dinámica social muy heterogénea. Orquestas en vivo, sonideros, venta de garnachas y piratería, predicadores cristianos, muchachitos indígenas decididos a ligar, drogadictos, teporochos, vagabundos, indigentes, travestis, gays de la tercera edad, y excelsos

bailarines de todo tipo concurrían a este espacio con anterioridad. Aquí se congregaba un pueblo hambriento de todo, pero sobre todo de diversión. Aquí se entrecruzaban por el espacio olores, sabores, música y personajes tan diversos que la volvían un espacio híbrido y ampliamente multicultural (Makowski, 2004; Hernández, 2006 y Servín, 2012).

En cambio, hoy en día la cualidad de los atributos históricos, físicos y paisajísticos, además del contexto urbano turístico, inmobiliario y de consumo que se ha configurado alrededor de la Alameda Central, en su conjunto, incentivaron el interés del gobierno local y el deseo de la iniciativa privada, para transformar (modernizar, reconfigurar y redefinir) el ambiente físico y social de este espacio público en la ciudad, y así poderlo *proyectar y/o promocionar* a una escala global. En consecuencia, dichas acciones causaron la discriminada depuración (exclusión y autoexclusión) del contenido social popular que prevalecía con anterioridad, todo ello mediante la instauración de una serie de normas que confinan el ingreso al espacio y, también, con el despliegue de un monitoreo policial represivo.

No obstante, el marco metodológico y exploratorio también dejó ver, como un efecto positivo, que la transformación también contrajo la presencia de algunos urbanos locales representada en la interacción lúdica de grupos juveniles e infantiles que, por supuesto, anteriormente no figuraban. De ahí que su necesidad y lectura afectiva sobre este lugar fueron la base para reconfigurar a la Alameda Central como el lugar idóneo para realizar su esparcimiento colectivo, suprimiendo así, y de manera gradual, a la atmósfera prohibitiva que se impuso abruptamente. Ahora bien, teniendo en cuenta todo esto, se puede ostentar que la conversión de la Alameda Central y sus lineamientos forjaron evidentes repercusiones sociourbanas, tales como: 1) La *contemplación* y *circulación* como nuevos preceptos instituidos;

2) El desplazamiento de poblaciones vulnerables; 3) La resistencia de estos mismos sectores al relegar las restricciones; 4) La supresión de la socialización colectiva que se generaba, y 5) La inesperada atracción de jóvenes y niños que se discurren cuantitativamente por el espacio.

Por lo tanto, el estudio de la coyuntura actual de este espacio urbano evidenció que ante estas circunstancias de desplazamiento que se han originado, la respuesta de la sociedad se puede traducir en una “resistencia” que se hizo patente con la apropiación social de origen popular de distintos grupos sociales, los cuales intentan reivindicar su derecho a la ciudad y dominio sobre este espacio público patrimonial. De esta manera, se reitera que los espacios “recuperados” no deben ser objetos restringidos que deban quedarse detrás de un cristal (restricción de la interacción social), sino todo lo contrario, deben caminar, apropiarse y disfrutarse libremente. El propósito es complementar la acción gubernamental, institucional y financiera, con la aportación social, y así poder contrarrestar la desigualdad en términos de accesibilidad social, de acuerdos, de normatividad, de uso y de inclusión sobre todo lugar urbano.

Así pues, se concluye que la dinámica sociocultural que se desenvuelve en distintos puntos de la Alameda Central hoy en día, se conforma heterogéneamente: primero, de la lucha y apropiación de grupos populares; segundo, de las prácticas lúdicas de colectivos juveniles con expresiones internacionales; tercero, del recorrido de los turistas locales y globales, y cuarto, del esparcimiento efervescente de infantes que se dispersan sobre las fuentes. De ahí que el respeto a la diversidad de las personas que acuden a un espacio público es y siempre será, el sustrato medular de todo proyecto urbano que busque construir una mejor ciudad.

Referencias bibliográficas

- Arellano, C. (2009). “En la Alameda, menores en situación de calle son víctimas de la prostitución”. *La Jornada*, 14 de julio de 2009. “La capital”.
- Bauman, Z. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. 2a. ed. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. 2a. ed. México: Fondo de Cultura Económica.
- Brenner, N. (2015). “Urbanismo neoliberal. La ciudad y el imperio de los mercados”. En Brenner, N., Peck, J. & Theodore, N. *El mercado contra la ciudad. Sobre globalización, gentrificación y políticas urbanas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Carrión, F. (2012). “Dime quién financia el centro histórico y te diré qué centro histórico es”. En Ziccardi, A. (Coord.). *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Castro, E. (2001). “Alameda Mexicana, breve crónica de un nuevo paseo”. En Duerta, Ma. E. & Ugalde, N. (Coords.). *Alameda: visión histórica y estética de la Alameda de la Ciudad de México*. México: Landucci editorial, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Bellas Artes.
- Contreras, N. (2014). “Las encrucijadas del fotoperiodismo globalizado”. *Revista Luna Córnea* (pp. 299-331), núm. 35, enero 2014.
- Crossa, V. (2013). “Defendiendo los espacios públicos del centro histórico de Coyoacán”. *Revista Alteridades* (pp. 39-51), vol. 23, núm. 46, enero-junio 2013.
- Domínguez, O. (2010). *Trovadores posmodernos. Músicos en el Sistema de Transporte Colectivo metro*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Domínguez, O. (2015). *Guía de análisis cualitativo para la detección y el estudio de las problemáticas urbanas*. México.
- Duhau, E. & Giglia, A. (2012). "Entre la fragmentación y la interdependencia. Reflexiones en torno al orden metropolitano contemporáneo". En Ziccardi, A. (Coord.). *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- García, J. (2006). "Métodos y técnicas cualitativas en la investigación de la ciudad". *Revista Mundo Siglo XXI* (pp. 79-85), vol. 2, núm. 6, otoño 2006.
- García, J. (2001). "La Alameda", en Duerta, Ma. E. & Ugalde, N. (Coords.). *Alameda: visión histórica y estética de la Alameda de la Ciudad de México*. México: Landucci editorial, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Bellas Artes.
- Geertz, C. (1996). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giglia, A. (2013). "Entre el bien común y la ciudad insular: la renovación urbana en la Ciudad de México". *Revista Alteridades* (pp. 27-38), vol. 23, núm. 46, enero-junio 2013.
- Giglia, A. (2017). "Habitar, renovación urbana y producción de desigualdad". En Giglia, A. (Coord.). *Renovación urbana, modos de habitar y desigualdad en la Ciudad de México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Juan Pablos Editor.
- Göbel, C. (2012). "Parque Alameda Central". En Göbel, C. (Coord.). *Plazas urbanas de la Ciudad de México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Hernández, A. (2006). *La Alameda Central en domingo: Fiesta, laberinto y mosaico espacio-temporal*. Tesis de Licenciatura en Geografía Humana. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Makowski, S. (2004). "La Alameda y la Plaza de la Solidaridad. Exploraciones desde el margen". *Boletín Oficial del INAH* (pp. 65-69), núm. 75-76.
- Meléndez, J. (2011). "Acciones locales, compromiso internacional". En Gobierno del Distrito Federal. *Ciudad de México. Ciudad Global. Acciones locales, compromiso internacional*. México: Coordinación General de Relaciones Exteriores, Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad.
- Montejano, J. (2013). "El impacto de las nuevas tecnologías en la explosión de la ciudad". *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales* (pp. 45-67), vol. 03, núm. 1.
- Morín, E. (2001). "Los skándalos de Alicia", en Aguilar, M., Sevilla, A. & Vergara, A. (Coords.). *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Porrúa.
- Nivón, E. y Rosas, A. (2010). *Gestionar el patrimonio en tiempos de globalización*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Juan Pablos Editor.
- Pimienta, R. y Vera, M. (2010). "Entre lo cualitativo y lo cuantitativo en las Ciencias Sociales". En Mejía, P., Juárez, J., & Comboni, S. (Coords.). *El arte de investigar*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Pradilla, E. (1991). *La participación popular en la reconstrucción del Centro Histórico de la Ciudad de México. Tres siglos de historias y proyectos*. Venezuela: Universidad Central de Venezuela.
- Ramírez, M. (2015). "Movimientos sociales por el derecho a la ciudad y contra el urbanismo salvaje en la Ciudad de México". En Aguilar, F. & Camarena, M. (Coords.). *Los movimientos sociales en la dinámica de la globalización*. México: Universidad Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sociales.

- Ramos, F. (2011). "Introducción". En Gobierno del Distrito Federal. Ciudad de México. *Ciudad Global. Acciones locales, compromiso internacional*. México: Coordinación General de Relaciones Exteriores, Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad.
- Robertson, R. (1995). "Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity". En Faethstone, M., Lash S. & Robertson, R. *Global Modernities*. Londres: Sage.
- Robertson, R. & Giulianotti, R. (2006). "Fútbol, globalización y glocalización". *Revista Internacional de Sociología* (pp. 9-35), vol. LXIV, núm. 45. Septiembre-diciembre.
- Rodríguez, D. (2014). "Memoria de la ciudad: reinención del patrimonio. Realidades y restos socio-espaciales en la ciudad actual". *Revista Esencia y Espacio* (pp. 47-61), núm. 38, enero-julio.
- Salazar, A. (2011). "Alameda: un recuerdo dominiguero". En Guerrero, A. (Coord.). *Crónicas de la ciudad: Primer concurso de crónica sobre la Ciudad de México*. México: Partido de la Revolución Democrática.
- Servín, J.M. (2012). "En la Alameda nadie sufre". *Revista Nexos* (pp. 52-54), núm. 412, abril.
- Suárez, H. (2008). *La fotografía como fuente de sentidos*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Valera, S. (2008). "Conflicto y miedo ante un nuevo espacio público urbano". En Fernández, Baltasar & Vidal, Tomeu (Coords.). *Psicología de la ciudad. Debate sobre el espacio urbano*. Barcelona: Editorial UOC.
- Vázquez, C. (2001). "Chapultepec: paseos y recreación, entre la historia y el mito". En Aguilar, M., Sevilla, A. & Vergara, A. (Coords.). *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Porrúa.
- Vergara, A. (2013). *Etnografía de los lugares: una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Navarra editorial.
- Wildner, K. (2005). "Espacio, lugar e identidad. Apuntes para una etnografía del espacio urbano". En Tamayo, S. & Wildner, K. (Coords.). *Identidades urbanas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Cultura Universitaria, núm. 85. (Serie ensayo).

Referencias electrónicas

- Pedrazzani, C. (2009). "Territorialidades urbanas y fronteras simbólicas. Un análisis desde las políticas habitacionales implementadas en los planes IPV de Arguello-Ciudad de Córdoba-Argentina". Recuperado de: <http://www.aacademica.org/000-089/175> (fecha de consulta: 26 de enero de 2017).
- Sandoval, Ma. de L. (2010). "La recreación para niños en los espacios públicos". Ponencia presentada en el Primer Seminario Internacional AIIIDYR. "Instalaciones deportivas y recreativas para Iberoamérica". Venezuela, 19-22 de mayo de 2010. Recuperado de: <http://www.vefortu.com.ve> (fecha de consulta: 30 de abril de 2017).
- Téllez, L. (2014). "La revitalización del Centro Histórico de la Ciudad de México: entre la voluntad de la élite y la realidad del pueblo". Recuperado de: <http://www.pacarinadelsur.com/home/mascaras-e-identidades/949> (fecha de consulta: 3 de agosto de 2017).